

Pedro Trigo.

4

El problema de la participación popular

INTRODUCCION

La situación de crisis que atravesamos es bastante globalizante ya que en ella confluyen factores muy diversos, aunque entrelazados, que hay que afrontar simultáneamente, pero concediendo a cada uno de ellos un tratamiento específico.

Hay por lo menos dos problemas económicos: Ante el hecho incontrastable de que el dinero proveniente del petróleo y sus derivados no llega para cubrir las necesidades del Estado se impone la tesis de que, en cualquier hipótesis, no es sano para la sociedad que el petróleo sustituya a la tributación. Por eso se impone una reforma tributaria integral. También es preciso discutir el problema de fondo propuesto por los neoliberales de si hay que acabar con la tradición de estos quinientos años y privatizar el subsuelo o si hay que mantenerlo como propiedad inalienable del Estado venezolano. Si continúa prevaleciendo esta tesis, se vuelve a plantear el problema de si el Estado tienen que ser mero rentista o si debe continuar el proceso de PDVSA de desarrollo integral de la industria del petróleo. Si se mantiene esta tesis, todavía queda la discusión del ritmo de expansión de la industria y sus mecanismos más convenientes (endeudamiento o asociación) y hasta dónde deben llegar. Si todo esto se resuelve, volvemos al problema inicial del destino del capital (que no ya renta) proveniente del petróleo: si no puede sustituir a la tributación, debería aplicarse a financiar en parte al desarrollo (no estructuralmente sino la puesta en marcha) definiendo las áreas de contribución estatal.

El problema político más importante a nuestro modo de ver es el de rescatar al Estado de manos del gobierno y en definitiva del partido. Para nosotros es fundamental que en nuestro país el Estado

empiece a cobrar densidad. Para visualizar lo que queremos decir es vital que, por ejemplo, la educación o la salud públicas lleguen a cobrar la misma continuidad de gestión, la misma especialización y solvencia que actualmente posee PDVSA. Y para eso es prioritario que estas áreas casi no tengan nada que ver con el gobierno y que no tengan que ver absolutamente nada con los partidos, lo que no significa que se privaticen sino por el contrario que se conviertan en patrimonio público, es decir del Estado, y no de particulares, como son los partidos. Para eso tiene que redefinirse el concepto y la estructura de los partidos políticos. Si se logra esta redefinición, cambiará el desempeño del gobierno (de los tres poderes) y su relación con la sociedad civil.

Pero para que la crisis pueda encontrar el sujeto proporcionado a su magnitud es imprescindible que no se siga prescindiendo del pueblo. El país no puede darse el lujo de continuar con el esquema ilustrado de "todo para el pueblo, pero sin el pueblo". El pueblo, junto con los sectores profesionales y con los dueños del capital, tiene que ser autor, gestor y ejecutor de lo que se proyecte sobre el país. En caso contrario la base es demasiado limitada y la división entre los sujetos y los destinatarios troncha cualquier solución justa, dinámica y estable.

La solución que propone el neoliberalismo es desproteger al pueblo y que se autoliquide como sector diferenciado. Es decir que no exista pueblo. Es la radicalización de la tesis ilustrada. Al acabar con el populismo de raíz, el pueblo tiene que poner en funcionamiento todas las energías de que dispone. De este modo irá dejando de ser lo que es (en definitiva atraso; barbarie, que se decía en el siglo XIX) y se convertirá en simple ciudadana, en ciudadanos sin más.

Esta propuesta parte de la base de que

el paradigma occidental es el único válido y con futuro, y que América Latina y en ella Venezuela está llamada a occidentalizarse integralmente. Nosotros pensamos más bien en un mundo, en una América Latina y en una Venezuela pluriculturales; pero no en mera coexistencia pacífica sino en interacción simbiótica, en diálogo, en mestizaje dinámico. Por eso pensamos que el estamento criollo tiene que dar lugar al pueblo como tal (como los seres culturales y espirituales que son) y que el pueblo tiene que asumir ese lugar. Sin uniformizaciones arrasadoras y sin proteccionismos degradantes. Trataremos de desarrollar las dificultades, las posibilidades y los caminos de la participación popular.

HACERSE CARGO O BUSCARSE OTRO APODERADO

La crisis nacional abrió un dilema para el pueblo de Venezuela: se trata de saber si queremos buscar otro apoderado o si manejaremos nuestros intereses nosotros mismos. Nosotros seríamos como un menor de edad o una señora viuda ignorante de las cosas de la vida que dispone de una renta y le pide a una persona adulta, entendida y responsable que le administre sus asuntos. Al llegar a la conclusión de que el apoderado malbarata sus bienes y no tiene compostura porque se ha echado a perder, tiene dos caminos. El camino que elija depende de cómo se siga considerando a sí misma. Si piensa que ya creció, si considera que ya sabe cómo son las cosas decidirá encargarse ella misma de sus asuntos. Pero si piensa que ella no sabe ni puede ni vale, no tendrá más remedio que contratar a otro apoderado. En nuestro caso, si los políticos han demostrado que no sirven, encargaremos el país al doctor Uslar y sus notables o a los militares o al doctor Caldera. Todo depende de cómo nos imaginemos a nosotros mismos. Si no somos capaces de imaginarnos sino como nos imaginaron otros, es decir como menores de edad, pensaremos que lo único realista es buscar otro apoderado.

Es cierto que hoy mismo, tal como estamos, no podemos hacernos cargo del país. El asunto es si tendremos que seguir así, si el estado en que estamos es una fatalidad, una condena, o si tenemos otras posibilidades. Mientras no seamos capa-

ces de imaginarnos otro país y de imaginarnos a nosotros haciéndonos cargo de él, todas nuestras potencialidades permanecerán en estado latente. En cambio, si cultivamos esa imaginación, entraremos en una actitud distinta: la actitud de quien se siente sujeto, no sólo destinatario; mayor edad, no sólo representado; deliberante, autor y gestor, no sólo objeto y sufridor de decisiones ajenas. Esa actitud pondrá en marcha capacidades hasta hoy inexploradas. La actuación de esas capacidades dará lugar a posibilidades que hoy no existen. Y la realización de esas posibilidades volverá a poner en marcha ese mecanismo de imaginar, crear actitudes y capacitarnos, de modo que se abran nuevas posibilidades. Hoy, ahora mismo, podemos entrar en esa espiral de la creación histórica. Basta con que tengamos fe en nosotros mismos y seamos capaces de imaginar. Imaginar, en este sentido, es otra cosa que ensoñaciones abúlicas: es un acto creador, que tiene que ver con nuestras potencialidades y las de la situación, potencialidades que de ningún modo son ilimitadas, pero que desbordan ampliamente el orden establecido y sus inmediatas posibilidades.

DIFICULTADES HISTÓRICAS PARA HACERSE CARGO DEL PAÍS

Hacerse cargo del país es una forma de hacer política; es la manera más propia de asumir nuestra dimensión política. Pero en Venezuela hay razones de peso, históricas y ambientales, que conspiran en contra de esta dirección. La primera viene de siglos. Es sabido que quienes se emanciparon de los españoles europeos fueron los españoles americanos. Fueron los criollos quienes asumieron el poder de los peninsulares y de ese modo redondearon su dominio sobre los otros estratos de la población: sobre los pardos, los negros y los indios. En la república de las primeras décadas sólo eran ciudadanos los criollos; los demás no lo eran ni siquiera nominalmente. A partir de la Federación todos fueron ciudadanos en el papel. Pero en la práctica el país era de los criollos y de los caudillos. El pueblo dependía de ellos, eran sus hombres. Esa fue una de las causas principales del éxodo campesino a las ciudades: soltarse el yugo de los caciques. Los que estaban hartos de depen-

dencia entendieron su libertad como autarquía, es decir como llegar a ser cada quien dueño de sí mismo. Cuando muchos respiraban como cimarrones su libertad recién estrenada, fueron convocados por los políticos para el logro de libertades colectivas como el marcológico de la libertad de cada quien. Sólo en un país sin señores de la tierra y sin dictadores ni oligarcas podría disfrutar el pueblo de su libertad. Y la disfrutaría de una manera concreta cuando la renta petrolera se convirtiera en tierra para el campesino, en salud y educación y en trabajo para todo el pueblo. Con este objetivo se metió el pueblo a hacer política.

Pero Rómulo Betancourt, que es uno de los adalides de esta convocatoria nacional, a la larga es también el símbolo de su perversión. Cuando él entró en la política se encontró con sindicatos ya constituidos. Y en vez de organizar una estrategia obrera para meterse en ellos, en vez de luchar por su control con métodos puramente sindicalistas, es decir por la discusión interna democrática, se fue apoderando de ellos por métodos leninistas, con el resultado de que los sindicatos dejaron de representar a los trabajadores y fueron por el contrario el brazo del partido que impedía una organización netamente obrera. Esta es la causa de que la CTV no sea una organización obrera y que su existencia constituya el principal obstáculo para que lleguen a formarse verdaderos sindicatos. Cuando tomó el gobierno, Rómulo Betancourt se encontró con un Estado en construcción con un grado bastante avanzado de institucionalización. En vez de respetarlo y hegemonizarlo, lo que hizo fue penetrarlo, de modo que no tuviese ya la autonomía propia de sus funciones sino que obedeciera a los dictados del partido. De esta manera el partido absorbió al gobierno y el gobierno se tragó al Estado. La política del país no se diseñaba en el Congreso ni la administración se llevaba en los ministerios. Era el partido quien decidía, tanto las directrices generales como el detalle de las ejecuciones. Cuando en el 58 y en el 66 el partido parecía escaparse de sus manos, Rómulo Betancourt no trató de convencerlo por medios democráticos e institucionales sino que zanjó la crisis expulsando a los que no acataron su voluntad. Y así el partido dejó de ser un movimiento de masas para convertirse en una maquinaria cada vez más cogollizada. Al asumir el poder tras las

elecciones posteriores al 23 de enero del 58, se encuentra Rómulo con unas Fuerzas Armadas contaminadas en parte de autoritarismo. En vez de ganarlas para la democracia desde sus propias estructuras militares, las interviene de modo partidista y a la vez las aleja de sus fines al sustituir soberanía nacional y defensa del pueblo por anticomunismo y defensa del orden establecido. De este lastre buscaron sacudirse los comandantes el 4 de febrero.

La consecuencia de estos métodos antidemocráticos fue que quien suscitara en el pueblo venezolano un movimiento ingente de participación política, el primero de la historia del país, fue también el que poco a poco degradó la política a una práctica partidista sectaria y cada vez más autoritaria. Rómulo Betancourt hizo esto porque desde su estructura leninista pensó que él y su maquinaria eran los únicos que podían salvar al país, más aún los únicos que podían construirlo. Lo que el líder hizo por su talante mesiánico, los epígonos lo remataron por pura falta de imaginación y para aferrarse a un poder cada vez más sin proyecto ni ejemplaridad ni justificación. Por este despeñadero en pocas décadas la actividad política degeneró en una práctica clientelar, no demasiado diferente a la de los caciques y caudillos de antaño, que el pueblo con su ayuda, se acababa de sacudir.

Rómulo Betancourt no fue corrupto ni permitió la corrupción; pero el mecanismo que había creado, a la postre completamente verticalista, era el caldo de cultivo más apropiado, no sólo para que se incubaran los gérmenes de la corrupción sino sobre todo para que no pudieran desarraigarse, para que pulularan con total impunidad hasta la metástasis que hoy padecemos.

Así pues en la historia de Venezuela el pueblo había sido tratado por los criollos y sus gobiernos, por los caciques y sus gobiernos, como menor de edad. No había tenido experiencia política y se le había inoculado como un veneno la conciencia de su minoridad. Siempre se alabó su bravura, pero sólo para poner en ejecución las consignas del cacique o del señor. Desde la muerte de Gómez los partidos, sobre todo Rómulo Betancourt, llamaron al pueblo a entrar en la escena política; pero cada vez más lo trataron como "compañerito", como el que baja la línea del CEN a la base, como el que hace el trabajo de hormiga y en premio de su

fidelidad no deliberante recibe algún puestico en los rangos más bajos de la administración y algún apretón de manos benevolente y ocasional por parte del líder. Cada vez más el pueblo fue tratado de nuevo como menor de edad, como el que sigue dictados.

El pueblo ha tomado conciencia de que está sufriendo la dictadura del partido, una dictadura absolutamente envilecida. Y lo que desea es sacudirse ese yugo, como antes se sacudió el yugo de los caciques. Si los lazos del partido manchan, lo que se quiere es vivir libre de lazos, salvarse cada uno por su cuenta. Hablar de hacerse cargo del país causa recelo. El pueblo teme un nuevo engaño. El primer impulso que siente es pedir que den un castigo ejemplar a los impostores y que le dejen en paz, que ya verá cada quien el modo de salir de abajo y echar pa'lante.

DIFICULTADES AMBIENTALES

Estas razones históricas que empujan hacia la salvación individual se ven reforzadas por la prédica neoliberal. Se nos inculca por todos los medios que el mundo es un mercado y que sólo existen sujetos privados (individuos o empresas), intereses privados, proyectos privados, preferencias privadas. No existe ninguna razón para contraer más lazos u obligaciones públicas que las de respetar las reglas de juego y cumplir los contratos privados.

En este clima la salida más simple parecería la más adecuada: un gendarme cívico-militar que nos haga cumplir a todos estas reglas mínimas con energía y transparencia; lo demás es asunto de cada quien. Dentro de esta lógica la expresión: "hacernos cargo del país" suena a algo excesivo, trasnochado y pavoso. Se nos insiste que lo mejor que podemos hacer en favor del país es ocuparnos de nuestros asuntos (por supuesto, dentro del marco legal) y olvidarnos de objetivos comunes, proyectos comunes, ideales comunes y planes nacionales. La nación no sería más que el ámbito común, pero completamente vacío, donde interactúan los ciudadanos como entes privados, conforme a las leyes, que no deben ser más que simples reglas de juego: sencillas y claras y obligadas a cumplir sin excepción. Tal vez eso es lo que acaba de intentar el samuray peruano Fujimori.

¿PENDULO TRAGICO?

Nosotros por el contrario pensamos que los lazos forzados y la ausencia de lazos forman un péndulo trágico; son momentos alternativos de un mismociclo, de un horizonte cerrado y sin remisión. Los lazos forzados y la ausencia de lazos son contrarios que se necesitan y atraen. El contradictorio que supera a los contrarios y abre la situación a posibilidades nuevas son los lazos voluntarios, las responsabilidades compartidas libremente contraídas, las negociaciones que buscan no prevalecer sobre el otro sino llegar a acuerdos justos y provechosos para cada parte. A este ejercicio lo llamamos democracia. Que no tiene mucho que ver con lo que hemos vivido y padecido en estos últimos lustros. La mala política no se soluciona con la ausencia de política sino con una política adecuada. Nosotros proponemos, pues, ponernos todos a hacer política, participar, profundizar la democracia o simplemente ejercerla.

Creemos sin embargo que hay que tomar muy en serio las razones expuestas que dificultan a nuestro pueblo el ejercicio democrático. El trato secular que el pueblo ha recibido por parte de criollos y caciques es un veneno letal: ser considerado como menor de edad permanente envilece, si no se ponen antídotos poderosos. La participación en las mil revueltas de nuestra historia, el hacerse su mundo aparte, la tendencia al conuquismo y la cimarronería, los lazos de compadrazgo horizontal y de paisanía, la cultura y la fiesta popular, la práctica en cierto modo autónoma de la religión y la fe han sido los principales antídotos que se ha dado a sí mismo el pueblo. Pero de todos modos esa relativa autonomía no aspira todavía a constituirse en figura histórica alterna. Se mantiene como mera subcultura en los intersticios de la cultura dominante. Para unos es este un ejercicio de capacidades que conducirán un día a una alternativa. Para otros tal vez no exista esta esperanza, y la paciencia da lugar a la resignación y al ejercicio recortado de la libertad que se combina con la aceptación de la condición subalterna. Este sentir, que iba en camino de ser superado gracias a la convocatoria de los años 40 y 60, volvió a recrearse por la degeneración clientelar del ejercicio político que condujo a la degradación actual.

FORMAS HISTORICAS Y NUEVAS FORMAS DE PARTICIPACION

La conciencia de minoridad y el temor a una nueva decepción obran como freno para embarcarse en una nueva convocatoria. Sin embargo el pueblo está muy lejos de aceptar la reclusión a la esfera de lo privado. Lo sucedido desde el 27 de febrero del 89 es indicio fehaciente de que sí quiere participar. Más aún ha demostrado que sí puede convocarse a sí mismo y que rechaza la convocatoria de los sujetos políticos tradicionales: se convocó el 27 de febrero, se abstuvo de la convocatoria del 5 de diciembre de ese mismo año, se convocó el 4 de febrero y los demás días siguientes al golpe para decir qué sentía y dónde estaba, no aceptó los discursos sucesivos del Presidente incluso el del 12 de marzo, se volvió a convocar la noche del 10 de marzo, tampoco aceptó la convocatoria que le hicieron para el 8 de abril sectores en los que no se reconoce. El pueblo venezolano, como el coro de la tragedia griega, ha participado apoyando y protestando; eso es lo que ha hecho en su historia y lo que mejor sabe hacer. Nosotros pensamos que ya está ensayando un modo nuevo de participación: como personaje, es decir como persona. Las telenovelas todavía relegan al pueblo al papel de comparsa; los canales de televisión no admiten al pueblo ni como antagonista: en el país quienes hacen y deshacen son únicamente los criollos. Sin embargo poco a poco, silenciosa pero eficazmente se va encontrando entre sí gente popular para ir construyendo su vida en común, para constituirse en un cuerpo social altamente personalizado. ¿Llegará a desarrollarse esta semilla? ¿Hasta dónde llegará? Nosotros pensamos que la respuesta depende ante todo del propio pueblo, de la capacidad que tenga de creer en sí mismo y de imaginar una creación histórica que pueda salir de sus manos. Pero también depende de la postura de grupos profesionales y de las instituciones del Estado y de la sociedad civil.

EL PUEBLO DE VENEZUELA ¿SOCIO DEL ESTADO?

Comenzamos afirmando la existencia de un dilema: si el pueblo de Venezuela decidirá hacerse cargo de sus intereses o contratará a otro apoderado que los mane-

je con la honestidad y eficiencia de que carecen los administradores actuales. El presupuesto de este dilema es que el pueblo de Venezuela (es decir los de abajo) es el socio mayoritario del Estado venezolano. ¿Está bien fundamentado este presupuesto? Así lo afirma la Constitución vigente y esa ha sido la prédica constante a lo largo de toda la vida republicana. Tanto los gobiernos democráticos como los dictatoriales han proclamado sin excepción que actuaban en nombre del pueblo. Y así lo afirmaban expresamente en sus actos de instalación, al entregar cuentas periódicamente y al anunciar medidas ante cualquier emergencia. Han calificado al pueblo de soberano y han reiterado en cualquier ocasión que la soberanía radica en el pueblo como un derecho inalienable.

Sin embargo para cualquier observador de nuestra historia y para cualquiera que participe de nuestra situación es evidente que este derecho, caso de existir como se proclama, no ha sido aún convalidado. Es obvio que el pueblo no ejerce ninguna soberanía y que esa soberanía en la práctica no le es reconocida por los que detentan poderes económicos, políticos, militares o ideológicos. En la realidad quienes han funcionado como sujetos efectivos de derechos son los que han poseído los correspondientes poderes. El Estado es una entidad política y la política ha sido cuestión de poder. La variante que introdujeron los políticos de masas es la entrada en escena de ese poder que ellos tenían en sus manos: las masas, que ellos decían representar y que podían movilizar y controlar. Como poseedores de ese poder fueron admitidos los políticos al club de los poderosos, que detentaban el Estado.

LOS POLITICOS: DE MEDIADORES DE LOS DE ABAJO A INTERMEDIARIOS DE LOS DE ARRIBA

Los políticos se sintieron representantes genuinos de los de abajo y, como vieron su suerte ligada a la del pueblo, se lanzaron a la tarea de conquistar el Estado para desde él planificar el desarrollo integral del pueblo. Pero insensiblemente se dio un desplazamiento: los admitidos en el club de los poderosos como representantes de los de abajo se fueron convirtiendo en representantes de todos desde la

mentalidad de los de arriba, y por lo tanto de mediadores de los de abajo se transformaron en intermediarios de los de arriba para con los de abajo. Además a medida que ocurría este desplazamiento, los partidos dejaron de representar los intereses del pueblo y ante esta falta de hegemonía temieron el desarrollo del pueblo y se lanzaron, como los poderes tradicionales, a prácticas clientelares que mantuvieran al pueblo en su condición de menor de edad. Pero, como ya no eran capaces de movilizar al pueblo, carecían de poder propio entre los poderosos. Por eso éstos les perdieron el miedo y la consideración, y los utilizaron cada vez más, porque cada día eran más prescindibles. Así llegamos al momento actual en el que los políticos sólo reposan en el poder del Estado que oficialmente detentan desde el Ejecutivo y las Cámaras, pero cuyo ejercicio los pone en evidencia y los condena por la incapacidad de ejercerlo, que acrecienta este rechazo de los que los eligieron.

SOLO QUEDA EL MERCADO Y SUS CONDICIONES. EL FIN DEL PUEBLO

Ante este vacío de mediaciones ¿qué queda? Quedan los poderes económicos y la cultura de masas controlada por ellos; los profesionales e intelectuales a su servicio, aunque con mentalidad e intereses en alguna medida propios; los militares y la Iglesia, como fuerzas relativamente autónomas e independientes; es decir quedan los poderes tradicionales más o menos evolucionados, por un lado, y el pueblo, por otro. Aunque podemos preguntarnos si en verdad el pueblo está por otro lado.

Los intelectuales de los poderes económicos y de su cultura de masas proponen lo siguiente al pueblo: Ningún privilegio para los que están abajo, igualdad de condiciones legales, y aceptación de la desigualdad real como punto de partida. La ley de la sociedad es la competencia. Para triunfar en ella se requiere capacitarse, trabajar duro, ser tenaz, tener sentido de los negocios y aprovechar las oportunidades. Esa es la cruda realidad. Se acabaron las ilusiones. El camino es estrecho y cuesta arriba, pero no está cerrado. Además no hay nada que buscar por otra parte. No hay más alternativa. Así que lo mejor es hacerse cargo de las reglas de juego y

canalizar todas las energías en esa dirección.

Esta propuesta significa un cambio cultural inmenso. Significa el fin del pueblo como realidad específica, ya que significa el fin de espacios y proyectos públicos, compartidos. Significa dejar de considerarse ligados a los antepasados y responsables del futuro de sus hijos, integrantes de una comunidad viva, pertenecientes a una tierra, religados a la fuente sagrada de la vida; es decir significa dejar de ser seres concretos, extendidos en el espacio y el tiempo y realizados en una comunidad humana que dota de sentido y responsabilidad. Significa dejar de definirse por esas coordenadas y pasar a definirse como productores, como competidores, como consumidores; y si es el caso, retomar lo anterior, en cuanto se pueda, como realidades complementarias, no decisivas o definitorias y en todo caso privadas y de tiempos libres.

¿QUE PREVALECERA?

Esto es lo que está en juego. El pueblo entiende y practica lo de la capacitación y competencia. Pero no como magnitudes absolutas que los definan como personas, no como lo que está en primer lugar y que redefine al resto; sino como medios para desarrollarse y ponerse a valer, para realizarse como seres culturales. Si la capacitación y la competencia están al servicio de la vida concreta, no se pueden sacrificar a ellas las estructuras de esa vida. Es falso que el pueblo no estime la productividad, la excelencia en el trabajo, el sentido de oportunidad y la competitividad. Las estima en mucho y está dispuesto a avanzar en esta dirección todo cuanto sea posible. La pregunta es si ellos son medios o fines, si están en el primer lugar de la escala de valores o al servicio de lo que realmente vale. El problema de fondo es si nos definimos como personas, por las relaciones no sólo interpersonales y grupales sino también por las relaciones públicas en las que nacimos y que asumimos, o si persona equivale a individuo que se realiza según sus preferencias.

El pueblo acepta el reto de la competencia porque sabe que le hace crecer. Pero no acepta la propuesta antropológica subyacente. O mejor dicho hay gente del pueblo que no la acepta, que quieren seguir existiendo como seres concretos en

espacios públicos compartidos. Existe también gente del pueblo ganada por la cultura de masas. ¿En qué medida? y ¿Qué prevalecerá? Está por decidirse. Yo veo que el esquema dominante, lejos de integrar cada vez más gente popular, segrega marginación. Y por otra parte gente del pueblo que se maneja bien en este sistema no acepta sus bases culturales y persiste en su propia cultura con la consiguiente heterogeneidad de fondo, que es ejercicio concreto de libertad. Yo apuesto por que el pueblo continuará siendo pueblo. Con más poder, con más peso específico. Contra la prédica de la ideología dominante que piensa al pueblo como una realidad prescindible, creo que no lo es ni en el plano económico ni en cuanto a capacidades ni como posibilidad de manejarlo o reprimirlo.

¿EL PODER DE IMPONERSE O EL PODER DE PRODUCIR VIDA?

El Estado es una entidad política y el ejercicio de los derechos va unido a la posesión correspondiente de poder. Podemos entender el poder de dos modos: como capacidad de imponerse sobre los demás o como capacidad de engendrar vida. Es una tragedia que con frecuencia en la historia ambas capacidades han estado disociadas y el poder de imponerse ha sometido al de producir vida, incluso ha llegado a desconocerlo. Cuando esto sucede el Estado es desnudo ejercicio de dominio despótico, sea cual sea la forma legal que adopte, así ésta se autotitula democracia. Ya que (como supo atisbar Fermín Toro en 1839) la tiranía no es sólo militar sino que puede ser también económica y ésta es mucho más radical que aquélla. Pues bien, esto es lo que ha sucedido en nuestro país hasta el día de hoy ya que (salvo leves lapsos en que los partidos sí han sido mediadores del poder del pueblo) los que detentan el poder de imponerse (sea económico, ideológico o militar) no han reconocido el poder de producir vida que tiene nuestro pueblo. Y por eso el Estado no ha sido la convergencia de las capacidades de producir vida social y la puesta a su servicio de los poderes de imponerse sino la subordinación de las capacidades de dar vida al poder de imponerse. La conclusión no es sólo el desconocimiento, la subutilización

y la sobreexplotación de las capacidades del pueblo sino la automutilación de las propias capacidades que tiene la clase criolla de producir riqueza nacional al subordinar estas capacidades a la necesidad de dominio.

Creo que es un despilfarro fatal (en términos económicos) persistir en un esquema basado en el desconocimiento de las capacidades del pueblo como ser cultural y en la consiguiente necesidad de imponerse sobre él, en vez de ingresar en un horizonte nacional basado en el reconocimiento de esas capacidades y en la articulación de las capacidades de la clase criolla con las de la clase popular. Creo que la gran oportunidad histórica de la clase criolla está en ayudar a que el pueblo se ponga a valer. Creo que en esa alianza a la larga ellos serían los más favorecidos, no sólo porque podrían alcanzar una genuina hegemonía sino porque en esa tarea histórica ellos mismos se pondrían a valer, tendrían que desarrollar al máximo sus capacidades y aprovechar al máximo los aportes del Occidente desarrollado. Ese sería el único modo de ponerse a la altura del Occidente, pero ya no desde una posición excéntrica sino desde una misión que dote de perspectiva y contenidos propios y por tanto de libertad y capacidad de intercambiarse creativamente.

A nivel ético y más profundamente espiritual construir un Estado en base al poder de germinar vida social (desde la comida a la fiesta pasando por la salud, la petroquímica o los espacios comunales) es lo único que nos puede llevar a encontrarnos, a reconocernos, a desarrollarnos como los seres personales que somos en el fondo y que estamos llamados a ser. Si no, no pasaremos de individuos, de sujetos. Podremos intentar realizarnos como grandes individualidades, como grandes personalidades; pero será una realización sustitutiva y espúrea porque se frustrará lo más genuino de nuestra vocación que es realizarnos como personas, cosa que sólo acontece en el servicio mutuo que nos prestamos en los niveles interpersonal, grupal y social.

EL PROBLEMA DE FONDO ES ANTROPOLOGICO

Coincidimos con la encíclica que escribió el año pasado el Papa en el Centenario de la Rerum Novarum al señalar que

el problema de fondo es antropológico. Que con la caída del socialismo no sólo no se han resuelto los problemas que provocó el capitalismo sino que después de cien años de esa encíclica esos problemas están tremendamente agravados. Porque la libertad liberal es una libertad individualista y vacía, que no responde a la verdad del ser humano y de la creación. La verdad es que no somos lobos sino hermanos; que no vivimos junto a una cantera para explotarla hasta que se acabe sino en la hermana-madre tierra. El desinterés por el otro y la oposición de clases y mundos, estructuras mentales y vitales que configuran el orden establecido, no expresan la verdad de la realidad sino que la violentan y subvierten.

Nuestro país sufre la violencia original del desconocimiento de los indígenas, negros y castas, es decir del pueblo, por parte de la población occidental dominante. En la colonia se los reconoció como distintos, pero subordinados. En la república se mantuvo la subordinación, pero dejó de reconocerse la especificidad cultural y se propuso el blanqueo como única posibilidad de existencia civil y digna. Ahora se propone incluso como única posibilidad de existencia física. Aparentemente se está hablando sólo de un modelo económico, pero en el fondo lo que se propone es un modelo humano, que para nosotros es inhumano, a pesar de sus grandes virtualidades, porque desconoce la dimensión personal: la relación que nos constituye en personas, no sólo en la casa y en el grupo de referencia sino en el cuerpo social.

POSIBILIDADES SUBJETIVAS DE UN ENCUENTRO SIMBIOTICO

Creo que en nuestro país hay posibilidades subjetivas y objetivas de superar la propuesta neoliberal, integrando sus elementos valiosos como patrimonio irrenunciable.

Las posibilidades subjetivas se dan en el seno del propio pueblo y en personas de otras clases sociales. Son inocultables las carencias del pueblo; pero saltan también a la vista sus inmensos logros y su manifiesta capacidad de integración de saberes y capacidades en una actitud de fondo, valiosísima, de no rendirse, de echar pa'lante, de salir de abajo, de vivir en

formación permanente, de construirse como sujeto sin renunciar a los lazos personales buscando "mi provecho y tu provecho", "vivir y dejar vivir", apostando por un juego en el que todos podamos salir ganando. Sólo quien haya asistido al nacimiento y equipamiento de un barrio y a su constitución en hábitat humanizado (a pesar de todos los pesares) puede calibrar en toda su dimensión eso que Aquiles Nazoa llamaba "los poderes creadores del pueblo". Ya hemos escrito en otras ocasiones sobre esto (SIC 507, jul-ag 1988, 292-96), baste aquí con apuntarlo.

Queremos ahora resaltar que la mediación que otrora realizaron los políticos, la realizan hoy en Venezuela silenciosa, pero eficazmente otras personas: profesionales, algunas instituciones y sobre todo un sector de la Institución eclesiástica, que además de lo que da de sí, sirve como aglutinador de personas e instituciones que desean "hacer algo". La Ilustración y luego el liberalismo, el positivismo, el marxismo y ahora el neoliberalismo (además de aportes positivos) abrieron una brecha insalvable entre las élites y el pueblo. Pues bien, hoy asistimos por una parte a la exacerbación total de esa brecha: la propuesta dominante significa el fin del pueblo y la carencia de mediaciones; pero por otra hoy empieza a soldarse la brecha entre élites y pueblo, hoy se asiste a un encuentro que incluye un verdadero reconocimiento, que acontece en la propia casa del pueblo. Si este encuentro se consolida, nacerá un cuerpo social pluricultural que puede llegar a ser el germen del nuevo sujeto estatal.

Eso significa que también aquí puede nacer un nuevo modo de entender la política que (sin renunciar al momento del poder de coacción) se defina por la capacidad de mediar, de componer, de negociar, y también por la gerencia de estos acuerdos, que no se dan de una vez por todas, sino que están extremadamente expuestos a la tensión, al desgaste, al desplazamiento y por tanto deben ser constantemente rehechos. No podemos resignarnos a que la política sea el modo más benigno de la guerra, es decir de enfrentarse unos contra otros y de prevalecer unos sobre otros.

En Venezuela no podemos resignarnos a que la política sea el arma para desconocer al pueblo y proponerle el dilema de quedarse fuera y abajo (si persiste en su identidad cultural) o ser admitido en

el mercado, con tal de que acepte sin compensación su punto de partida que sería una desventaja que él tiene que asumir y superar en cuanto pueda por sí mismo.

Humanizar la política, hacerla un ejercicio personalizador es llevarla al terreno de la palabra, entendida no ya como el arma más sutil para imponerse sino como puente por el que unos y otros puedan pasar (con sus diferencias aceptadas) y encontrarse y avenirse. Así como en nuestro país se está queriendo anular la diferencia por todos los medios, así también se está recorriendo el camino contrario del reconocimiento mutuo y la colaboración. El primer camino se impone con una violencia externa, el segundo se practica con alegría como modalidad simbiótica. ¿Llegaremos a reconocernos y encontrarnos los venezolanos de origen occidental con los originarios de aquí, con los traídos de África y con las combinaciones que aquí se originaron? ¿Llegará ese encuentro a poseer un poder tan grande de generar vida que llegue a dar el tono al Estado venezolano? Ese es nuestro reto y apuesta.

POSIBILIDADES OBJETIVAS QUE FACILITAN ESE ENCUENTRO

Existen también en nuestro país elementos objetivos que pueden favorecer la constitución de este cuerpo social, internamente diferenciado y simbiótico. Son fundamentalmente la posesión del subsuelo por parte del Estado venezolano y la valorización de esos recursos en la industria petrolera, petroquímica, del hierro y del aluminio, además del aprovechamiento de los recursos hidráulicos. La nacionalización petrolera significó la potenciación del capital humano venezolano no sólo a nivel gerencial sino de investigación (INTEVEP). La del hierro y el aluminio todavía no alcanzaron sus objetivos por la partidización (que ha copado desde la gerencia a la admisión de trabajadores) que hasta ahora ha impedido que estas industrias den de sí. Estas industrias extractivas y de transformación pueden potenciar el surgimiento de este Estado que integre al pueblo sin disolverlo y en condición de sujeto, de dos modos: el primero, suministrando recursos para que alcance la magnitud requerida y posible.

El camino que empezaba a tomar el Ministerio de la Familia, potenciado y aplicado también a la educación, a la salud, al saneamiento de barrios... podría dar resultados óptimos, tanto por la calidad de sus logros como por la utilización eficiente de los recursos económicos y la valorización del capital humano. En este segundo aspecto las empresas del Estado están llamadas a tener en el país un papel hegemónico: como escuela de trabajo altamente eficiente y congruamente remunerado, y como constitución de una verdadera comunidad empresarial, sin ningún paternalismo, pero sin explotación, unidos todos sus miembros en la consecución mancomunada de objetivos necesarios para el bien común.

La situación presente debería asumirse como oportunidad para hacernos cargo del país. Para eso es requisito indispensable reconocernos en nuestras diferencias. Los criollos deberían reconocer al pueblo y el pueblo tendría que acabar de reconocerse a sí mismo. Sobre las tareas más inmediatas del pueblo me remito a lo expresado por el último editorial de SIC: "su actuación podría ir en tres direcciones. Ante todo, llevar él mismo sus intereses inmediatos, es decir hacerse cargo de las asociaciones de vecinos y de los sindicatos, barriendo de ellos a los partidos políticos. En segundo lugar el pueblo puede colaborar con las instituciones en asuntos que le conciernen; por ejemplo en lo que toca a su salud y a su educación y capacitación y a la normalización de servicios en los barrios. Creemos que esto será tanto más posible cuanto las organizaciones populares sean realmente representativas. Aquí tendría lugar un importante protagonismo del pueblo, incluso a nivel de empleos. En tercer lugar el pueblo debería dar su opinión respecto de los problemas globales. El no puede llevarlos profesionalmente; pero sí tiene capacidad para comprender cómo le afectan. Claro está que para que no tenga que opinar con sacudones, abstenciones o cacerolas, tendría que arbitrar sus propios cauces, que serían las asambleas de organizaciones barriales" (pag. 109).